

tiende. Ponga *Recuerdos del alma*, así se llama:

Despiértate palomita,
palomita encantadora
que te viene a despertar
un joven que ti adora.
—Por qué mi has despertado?
Me mandáis quitar la vida?
—En tu camita amorosa
volvete a quedar dormida.
Volvete pal rincón,
dale un besito a tu almuhada
que mi corazón lo sabe
que pa mi lu has dao.
No quiero que te levantes
ni que abandones tu cama,
sólo vengo a decirte:
adiós negrita de mi alma.

Hora lo que se llama una despedida, pa cuando uno se va desterrao, o por buscar trabajo, largo, o que lo anden persiguiendo por algo. Puede ponerle *El forastero*:

Yo soy un forastero
que vengo de ajeno país
con una voz tan venturosa y triste;
yo pasaría la vida en este mundo
desengañado de cuanto me dijiste.
Pues, bella Elisa, por qué mi has olvidado?
Tené de mi compasión...
pues no lo dudes, que tuyo soy
hasta entregarte mi amable corazón.

Rubén Coto

San José, Costa Rica

Bulmaro la Brea

Todo agitado y sudoroso el jinete, hizo parar el caballo frente al zaguán. Descendiendo de un salto, con la palma de la diestra extendida golpeó fuerte la puerta. Al estruendo, los perros ladraron furiosos y una voz firme de hombre dijo dentro:

—¡Quién!
Nuevos llamados enérgicos urgieron.
—¡Voy!—fue la respuesta, y en el pasadizo escuchóse una carrera violenta. Los canes gruñeron alarmados, yendo de un lado hacia otro. La puerta se abrió.
—¿Eres tú, Melitón? ¡Qué pasa!
El gañán, tartamudeando busca la palabra primera.
—¡Qué pasa! ¡Qué!—impaciente le interrogaron por segunda vez.
—Na 'a, el lamo...
—¡Qué!
—Al lamo, en Corral de Piedra...
—¡Con un... dí!
—Han herido a don Gulmaro.
—¡Mataron a papá!
—No, está lastimado junto a casa don Roque, delantito el encinal grande. Los rodales...

De manos del mozo, Roberto arrebató las riendas del caballo y de un brinco estuvo arriba. Sobre el tembloroso penco y mientras se calaba el barboquejo, completamente exaltado hizo una recomendación al indio:

—Está pendiente. No chistes a mamá.
E impulsado como por fuerza explosiva partió el jinete en un cerrar y abrir de ojos. Pronto, caballo y hombre encumbraron la cuesta del cerro. Rato después, torcieron en el primer recodo del camino, dejando tras sí un reguero de polvo.

—¡Qué herido! Lo mataron al probe los indios—objetaba un hombre de entre un grupo estacionado frente a la casa de don Bulmaro la Brea.
—Quesque ya viene en camino el difunto—dijo otro.

Voy a morir porque lo dude el cielo,
ya me retiro por toda la eternidá,
pues tú te quedas gozando en este mundo,
rogá por mí, siquiera por piedá.
Voy a enseñarte onde está el sepulcro,
allá en la tumba onde voy a descansar.

Si gusta, puede copiar también una de desprecio, en ésta hay que buscarle bastante sentimiento al canto; se llama *No m'importa*:

No m'importa mujer,
no m'importa que desprecies mis finos amores
que ya sabes que llevo ilusiones
con una joven más bella que tú.
No quiero que mi ames, ni amarte,
ni que sufras por mi adoración.
Yo te juro por siempre olvidarte
y nu hacer de tu amor ni mención.

Cuando ya seguía mi camino, hubo momentos en los cuales no habría sabido decir si lo que llevaba en mi mano era realmente un manojo de canciones simples que a mí se me antojaban ser, en la vida de aquel amigo músico, líquenes coloreados por el sol sobre algún tronco o sobre alguna roca áspera, o si no sería más bien un haz pequeño de flores humildes recogidas a la orilla de algún camino apartado en donde brotaran para regalo de abejas de los campos y de soñadores vagabundos.

—¡Miren!—exclamaron a un tiempo todos. Croque puallá viene, vamos a darles lei'encuentro.

A poco, en cuatro palos, cubierto con un sarape, rígido y chorreando sangre, penetró el cadáver en el zaguán llevado por cuatro robustos campesinos. Tras la comitiva de a pie, escoltado por veinte montados, caminaba silencioso Roberto. En su rostro traía una mueca de dolorosa cólera.

Bajando del caballo, anduvo hacia dentro. Apenas traspuesto el umbral, cuando la madre prevenida salió dando gritos, arrojándose al cuerpo yerto que descendían. A su vez, el hijo fue rápido, y ambos quedaron asidos al cadáver.

—Sí, madre; lo mataron estos... En la cabeza, jijos la'gran... Pero te juro vengarlos, ¡como que hay Dios en el cielo! Ya estamos cansados... ¡Sospechoso, mi padre! ¿Qué mal les hacía este pobre rancho? Trabajar para darles comida a los que no hacen nada. ¡Sospechoso! ¡Mal ajo! Todos los que cuelgan son para ellos espías, ¡Infames!—y descubriendo el cuerpo con movimiento brusco, agregó dirigiéndose al cortejo que había crecido:

—Mírenlo, ahí lo tienen. Como él, también los vuestros han muerto, por sospechosos. Mañana lo enterrará mi madre como pueda. ¿Verdad? Yo no sé lo que piensan ustedes de todo, pero yo me largo a vengarlos aunque me juegue la vida. Si ustedes...

—¡Sí, sí!—respondieron unánimes—nosotros también nos vamos.

Y con las caras contraídas y los ojos acorados por extraño odio, cada uno fue recordando amargamente entre sí al padre, al hermano o parientes muertos, porque aquella región montañosa era el paso ineludible de las bandas rebeldes y escoltas federales.

—Calma, calma—recomendó Roberto la Brea. Quien tenga que cuidar viejos y niños, no va. Que se quede. Los demás, ensillen sus caballos y dentro de media hora, aquí.

Primero veinte, después cincuenta, cien, quinientos soldados enviaron a perseguirlos. Todo inútil. Los golpes audaces de la partida eran certeros y diezmaron a las tropas, sin lograr éstas siquiera verles el polvo. Inventáronse planes, urdiéronse trampas con el objeto de cazar a la fiera. En vano. El rebelde anochecía en un lugar y amanecía a veinte leguas de distancia. Conocía, igual que sus hombres, el terreno como las palmas de sus manos, burlando así las persecuciones.

Las escoltas al principio acometieron con ganas, pero no les duraron mucho. Tal era el pavor. Y pretextando disculpas, limitáronse en poco tiempo a guarnecer los pueblos, lo cual no quitó que de cuando en cuando les hicieran matanzas.

Pero un día, alguien chismeó al destacamento. Los alzados visitaban sigilosamente por las noches a sus familiares, enterándose por ellos de los movimientos de las tropas.

El jefe de la guarnición no se dió por aludido de los rumores. Limitóse a echar con desdén una bravata, mas vigiló desde entonces estrechamente los hogares y especialmente el de La Brea.

No se hizo esperar éste. Vino a dar un abrazo a su querida vieja y de entre las manos se escapó, dejando hecho un veneno al oficial.

Con eso hubo. A otro día, los familiares de los alzados fueron presos.

Y cundió la alarma de que las mujeres iban a ser deportadas y los hombres fusilados, llegando la noticia a las madrigueras rebeldes.

Así lo cumplieron.

Caminaba la cuerda penosa de mujeres y varones por quebrada senda, cuando una descarga sonó a distancia. ¡Eran ellos! En el mismo sitio de donde partieron los disparos, trepado en alta peña, un hombre solitario y firme agitaba una bandera blanca hecha con una garra en señal de paz. Otra idéntica se izó del lado federal, deteniendo las tropas la marcha, y a poco, una pareja de montados de cada fuerza avanzaron respectivamente a su encuentro.

Breve conferencia: a cambio de la libertad de las mujeres y hombres pacíficos, se entregarían La Brea y los suyos.

Y tornaron al pueblo. Pero muy de mañana, fueron los rendidos quienes esta vez partieron amarrados codo contra codo, al mismo destino a que iban consignados los otros.

Al frente de los presos, Roberto La Brea, igual que potranca cerrera, marchaba braceando, el sombrero a media cabeza, erguido el busto, casi hasta alegre como todos los compañeros que seguían detrás.

Al pasar, la gente murmuraba:

—¡Chulo hombre, no debían matarlo!

Ilusos. Forjadores de héroes populares. Solamente los corridos y la guitarra recordarán llorando a esos humildes. ¡Tantos quedaron así en la revolución! ¿Y para qué?

A una legua distante del pueblo que estaba a una vista, comenzó la tragedia. La Brea el primero, terminando con el indio Melitón. De trecho en trecho en cada árbol del camino, colgaron a los cien hombres. Carbonizado el cuerpo, la lengua de fuera, saltados los ojos y despidiendo olor infecto.

El mismo La Brea se echó la reata al cuello y dijo:

—¡Hora!

Las esposas, hijas y madres, formando grupos aquí y allá, espantaban los zopilotes hambrientos sin atreverse a tocar sus cadáveres para sepultarlos.

Y rezaron. Su protesta única nació sencilla y cristiana: «¡Que Dios los perdone...!»

Alfonso Fabila

México, 1928.